

PROFESOR DOCTOR ENRIQUE FOSSA-MANCINI

1884-1950

El día 12 de marzo el profesor doctor Enrique Fossa-Mancini ha fallecido en un hospital de la ciudad de La Plata. Una semana antes, en pleno centro de esta ciudad, había sido violentamente embestido por un vehículo guiado por manos anónimas. Cuando parecía mejorar de las múltiples fracturas sufridas, la muerte lo ha arrebatado al cariño de sus colegas, de sus discípulos y de sus amigos.

Había nacido de familia noble, en la ciudad de Jesi, Italia, el 7 de diciembre de 1884 y habíase radicado en nuestra tierra desde comienzos del año 1927. Y, desde entonces, ininterrumpidamente había dedicado a su nueva patria todo lo que pudo dar de su vasta cultura, de su privilegiado intelecto, de su incansable actividad y de una laboriosidad vertida hasta el sacrificio.

Movido por irresistible vocación, dirigida por feracidad de mente y, sobre todo, por suma honestidad de propósitos, dedicó toda su vida a la investigación y a la enseñanza, con dignidad, con abnegación, con plena renuncia de todo lo que pudiera ser para sí más cómodo y más provechoso.

Desde muy joven, cursando sus estudios secundarios en la pequeña ciudad umbra de Spoleto, donde le conocí, hasta el momento de su fatal accidente, llevó su fecunda existencia por las ásperas sendas del deber y del trabajo, en la preocupación constante de dar de sí todo lo que de sí podía dar. Modesto, sencillo, jovial, honesto hasta el escrúpulo, trataba en vano disimular su optimismo bajo un escepticismo ficticio y su carácter recio bajo una excentricidad sobria. También en vano se empeñaba en ocultar bajo apariencias la excelencia de su mente y de su corazón.

En su juventud, había logrado salvar con fortuna graves percances en el automovilismo y en la aviación. También pudo salir incólume de los riesgos de la gran guerra (1915-1918) durante la cual tuvo que desempeñar cargos peligrosos, sucesivamente como oficial de batería, como

piloto aviador y como observador en globos cautivos. Hoy un vulgar accidente callejero ha tronchado su vida fecunda cuando aún mucho podíamos esperar de su labor, de sus excepcionales condiciones de investigador y de maestro y de su generosa amistad.

En un comienzo, los suyos quisieron hacerlo un diplomático y con este propósito el doctor Fossa-Mancini se laureó en jurisprudencia, en la Universidad de Perugia (1907). Pero luego, al advertir que tal no fuera su vocación, siguió estudios físico-matemáticos en la Universidad de Roma (1909-10) y por fin, en la Universidad de Pisa (1913), obtuvo el título de doctor en Ciencias Naturales.

Desde entonces dedicó todas sus actividades al estudio de los fenómenos de la Naturaleza, sin descuidar, sin embargo, su vasta cultura humanística.

Como naturalista, en el arduo campo de la ciencia, la técnica y la docencia cultivó especialmente la geología estratigráfica, la paleontología, la petrografía, la física terrestre y la tectónica y la gravimetría aplicada a la búsqueda de yacimientos petrolíferos.

En Italia, comenzó su carrera docente como asistente a la cátedra de Geología en la Universidad de Pisa, donde ejerció también la libre docencia. Luego fué profesor titular en la Universidad de Cagliari. Abandonó la enseñanza para realizar investigaciones en las regiones petrolíferas de Venezuela, por encargo del «Comitato geológico italiano», residente en Roma.

En esta ciudad y en la oficina de este Servicio Geológico, volví a verlo, en 1925, y supe de su proyectado viaje a la Argentina. Tengo todavía vivo el recuerdo de su alegría y de su entusiasmo al darme la noticia de este viaje que parecía inminente.

Mas no pudo ver realizadas sus esperanzas hasta principios de 1927 cuando, por indicación del doctor Guido Bonarelli, fué contratado por la Dirección General de Yacimientos Petrolíferos Fiscales para organizar la Comisión Geológica del Golfo de San Jorge, con asiento en Comodoro Rivadavia, Chubut.

Durante los cinco años que permaneció en este cargo, su actividad fué eficaz e intensa. Para la investigación de nuevos yacimientos productivos, junto con la intensificación de los procedimientos más corrientes, fomentó nuevos criterios y métodos hasta entonces poco aplicados entre nosotros, como el estudio de las fallas, especialmente en relación con las terrazas, y la aplicación de la geofísica y de la sísmica para la ubicación de yacimientos petrolíferos profundos.

En reconocimiento de sus méritos, desde su modesto cargo en Comodoro Rivadavia, la Dirección General de Y. P. F. lo trajo a Buenos Aires para crear el Departamento de Exploración de aquella Repartición. En el desempeño de su nuevo cometido, por cierto de mayor responsa-

bilidad y jerarquía, reveló condiciones eximias y extraordinaria tenacidad de propósitos. A la labor técnica propia de su cargo en la Capital, unió frecuentes exploraciones en los diversos yacimientos del país y en ellas introdujo el método aeronáutico llevado personalmente.

Pero, durante su permanencia en Y. P. F., quizá, más que su labor profesional, más que los progresos realizados por nuestros conocimientos geológicos para una mayor y mejor explotación de nuestro petróleo bajo sus directivas certeras, fuera su mérito mayor su afán patriótico para que la Argentina tuviera sus propios geólogos.

Realmente, todavía en 1932, para sus necesidades técnicas tendientes a la búsqueda y a la explotación de sus riquezas mineras, nuestro país sólo contaba con pocos geólogos extranjeros. Hoy, en cambio, numerosos jóvenes argentinos, activos y capaces, en el elenco técnico de Y. P. F., en las diferentes reparticiones mineras nacionales, en las industrias privadas, en las instituciones docentes, esparcidos por el vasto territorio de la República o en la cátedra, se afanan en las tareas geológicas para una mayor grandeza de la Patria.

El prodigio se debe por cierto a las becas oportunamente instituidas por Y. P. F., pero concebidas y organizadas por el doctor Fossa-Mancini.

En 1939, renunció a su cargo en Y. P. F. para ocupar la cátedra de Mineralogía y Petrografía y la jefatura del Departamento de Geología en el Instituto del Museo de la Universidad Nacional de La Plata.

Volvió así a los fueros de su primitiva y más auténtica vocación. A pesar de la labor absorbente en este Instituto, el doctor Fossa-Mancini quiso mantener relaciones efectivas con Y. P. F. conservando su cátedra de Geología de Gas y Petróleo costeadas por aquella Repartición en el Instituto del Petróleo de la Universidad Nacional de Buenos Aires.

En ambas cátedras, hasta el momento de su prematura muerte, dedicó, entonces, enteramente su actividad, sus afanes, su saber y hasta su dinero a la juventud estudiosa que tanto quería. No tanto en la cátedra como en su laboratorio, los jóvenes acudían numerosos para disfrutar los bienes de su capacidad y de sus conocimientos; a él recurrían con preferencia para hallar fe y estímulo en su bondadosa paciencia; y a él preferían para la preparación de sus tesis. Mucho deben los jóvenes geólogos argentinos a su cariño, a su desvelo y a su talento.

En sus múltiples actividades técnicas y docentes, el doctor Fossa-Mancini nunca dejó de preocuparse también en las investigaciones científicas para las cuales reveló condiciones excepcionales: en el análisis, en la síntesis, en la crítica, en su estilo sobrio y lúcido.

No fué fácil su larga labor, ni dichosa su dadivosa existencia. La bondad de sus sentimientos, la pureza de sus ideales, el desinterés que guió todos sus actos, no siempre fueron comprendidos por aquellos a quienes.

cupo el honor de ser sus superiores administrativos. Pero, en los momentos amargos, nunca le faltó el consuelo del aprecio cordial de sus amigos, de sus colegas, de sus discípulos y de todos los que supieron estimar las elevadas dotes de su espíritu.

Ante un vacío que nadie podrá llenar, en homenaje a una honda y constante amistad surgida en años juveniles, como colega en nombre de los colegas y como amigo en nombre de sus amigos, séame permitido dirigir a su memoria un reverente saludo y señalar a la juventud su vida austera y laboriosa, llena de bondad, de modestia y de saber.

J. Frenquelli.

ESTA ENTREGA SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL 24 DE AGOSTO DE 1950
AÑO DEL LIBERTADOR GENERAL SAN MARTÍN
